

MILAGRO DE VIDA Y MUERTE

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

AGOSTO 2000

PERSONAJE:

MARCELA.....62 AÑOS

ESCENOGRAFÍA.

Cuarto vacío, solamente está la pantalla de cine al principio, después desaparece. Una silla. Eso es todo.

ÉPOCA ACTUAL

La acción se desarrolla en la ciudad de México

MÚSICA:

La que se indique a su debido tiempo.

VESTUARIO:

Traje sastre adecuado a la época.

Antes de iniciarse la obra se escucha música electrónica. Al abrirse el telón se sigue escuchando mientras en una pantalla se proyecta un video clip con la principal característica de éste: imágenes rápidas. Las imágenes nos mostrarán la vida de Marcela: nacimiento, su familia, su casa, sus años escolares, su escuela, sus compañeros, sus juegos, la adolescencia, los novios, su despertar sexual, sus estudios, su graduación como maestra, su noviazgo formal, su boda, su luna de miel, su embarazo, el nacimiento de su hija, la boda de ésta, el nacimiento de sus dos nietos, su vida matrimonial monótona, sin altibajos, hasta llegar a la fecha actual. La última imagen que se vea en el video será la misma que esté contemplando el público: la mujer viendo el video de su vida. Termina el video. Desaparece la pantalla. Cambio de luces. Marcela se enfrenta al público.

MARCELA.- Esto que acaban de ver es mi vida. No creo que necesite ninguna explicación. Es una vida llena de lugares comunes, una vida como la de cualquiera, como la de ustedes... Sesenta y dos (*O la edad que requiera la actriz, pero nunca menor a 45 años*) años resumidos en unos cuantos minutos. Esa edad tengo, no me quito ni un mes.

Una vida sin altos ni bajos. Bueno, eso digo ahora, antes... Antes pensaba que mi vida estaba repleta de ellos; hoy veo que no es así, que los altos, cuando mucho, fueron el amor, que es el equivalente del sexo; la carrera universitaria, el nacimiento de mi hija y mis dos nietos, algún viaje...y pare usted de contar. ¿Los bajos? También fueron pocos: alguna infidelidad de mi marido, la enfermedad de mi hija que se solucionó para bien, un robo, el dejar de trabajar...Y es todo. Nada relevante. ¿El resto? Tonterías. Y de esas tonterías está lleno el tiempo que se nos da. Hoy, tres días después de que me dijeron que tengo cáncer, cáncer de páncreas, me veo en la necesidad de recapacitar, cosa que casi nunca hago. Las pocas veces que lo intento acabo deprimida, con sentimientos de culpa, con coraje contra mi misma por no haber hecho lo que quería de mi vida. Entonces qué caso. Pero volvamos al presente. Lo primero que pensé al ver los resultados es en la muerte. Qué original, ¿no? Pero no en la muerte por la misma enfermedad, sino en la muerte provocada por mi misma. En resumen pensé en el suicidio. ¿Por qué no? ¿Porque es pecado? Hace años que dejé de creer en esto de los pecados. ¿Por que es un crimen contra uno mismo? Sí, ¿y? No estoy lesionando a nadie más; es mi vida, es mi cuerpo. ¿Será por el daño que puedo causar a mi familia? Más daño les voy a producir con mi enfermedad si no termina rápido conmigo. No, no es por lo anterior que descarté lo del suicidio. Es por miedo. Miedo al dolor, miedo a lo desconocido. Aunque es posible que cuando pase algo de tiempo deje de tenerlo o que ya no me importe. No sé cómo voy a reaccionar en una semana, en un mes...o hasta en unas horas. Claro, ustedes se dirán que por qué antes no me atiendo, me opero, veo si la enfermedad se puede controlar, que eso es lo primero. Me recomendarán ir con tal o cual especialista, con tal o cual hierbero, con tal o cual curandero. Me dirán los tés que debo tomar o al santo al que le debo pedir, que hay muchos milagrosos. “San Judas curó a fulano, San Antonio a zutano, Charbel es el mejor, eso por no hablar de San Judas, éste es infalible”. Gracias, pero con pena tengo que decirles que no creo en ellos, y si no creo, no me van a hacer el milagrito ¿o sí? Lo dudo mucho. Confío un poco más en las hierbas, aunque si existiera alguna que de verdad curara el cáncer ya sería conocida por todos, los gringos o los alemanes ya la estarían explotando y los japoneses ya se la habrían llevado después de retratarla. La verdad es que para este principio de siglo aún estamos en pañales en esto del cáncer y de otras enfermedades como es el sida. Pero de algo nos tenemos que morir, ni modo de ser eternos. Cuando se descubra tratamiento para estas dos enfermedades aparecerán otras y

otras. Eso no tiene remedio. La muerte no se cura. Es el único mal que nos da a todos. *(Ríe)*. Soy bárbara, ya me estoy adelantando mucho, ya estoy en el final, en el momento de morir, cuando aún faltan muchas cosas que decir. Ustedes querrán saber cuál fue mi reacción al conocer el resultado. No, no fue eso de pensar en matarme, eso sucedió unas horas después, cuando estuve convencida de que sí, que yo era la portadora de esta enfermedad y no otra persona, que Marcela Salamanca Monroy es la que se va a morir en un plazo no muy largo. ¿Qué sentí? Voy a tratar de reconstruir la escena en honor de ustedes, pero primero déjenme traer los resultados, los tengo a la mano, no me voy a tardar mucho. ¿Sí? *(Va a algún mueble, abre un cajón, saca un sobre con los resultados. Camina al lugar donde estaba antes. Abre el sobre. Saca los papeles, se prepara a leerlos)*. Leo. “Doctor Mario Fernández Alcázar, Hospital de Gineco obstetricia. Presente. La biopsia practicada, según sus indicaciones, a la señora Marcela Salamanca Monroy, el día cinco del presente mes, nos da el siguiente resultado: carcinoma pancreático”. *(Deja de leer)*. Después habla de tejidos, de otras cosas que ni entiendo ni me importan. Lo principal es lo del carcinoma pancreático. Vaya si lo conozco, de eso murió mi padre. En esto no están errados los médicos, ¿A poco no se la viven diciendo que el cáncer es hereditario? Y sí, sí lo es en mi caso. ¡Ay padre, no me heredaste nada de dinero pero sí tu enfermedad. Lo hubieras hecho al revés y yo te estaría eternamente agradecida! Lo poco que tenías lo gastamos en hospitales, medicinas y por supuesto en médicos. Todos cobran parejo. Un montón. El mío es igual. Les vale si una tiene o no, ellos a cobrar que para eso se especializaron. Y ahí viene eso de las injusticias de la vida. Yo al doctor Hinojosa le pago por una consulta, con todo y Papanicolao, lo que le pago a mi Chole por todo un mes de trabajo. Y miren que Chole tiene que barrer, trapear, ir al mercado, cocinar, hacer las camas, limpiar los baños, aguantarme a mí y a mi familia, comer lo que le damos y no lo que le gusta, y para qué seguir. En cambio él, el médico, todo sentadote revisa tus papeles y con voz muy engolada dice que sí, que es posible que exista un tumor, que va a tratar de ver de que origen es para lo cual se tiene usted que hacer estos análisis, estas radiografías, estos otros estudios... Y si el doctor es caro, lo que son los análisis, las radiografías y sobre todo los llamados “otros estudios” es para morir. Lo malo es que no se muere uno, eso fuera bueno. Si me hubiera muerto ni me entero de esta podredumbre que tengo por dentro. El cáncer apesta. Díganmelo a mí que tuve que cambiar a mi padre durante semanas y semanas. ¡Fúchila! Les diré una de mis

mañas o modos de ser. Si algo me choca en este mundo es la gente que huele mal. No la soporto. Ahora yo soy la que va a apestar...y en que forma. Los desodorantes y perfumes le hacen lo que el viento a Juárez a esta peste, ninguno sirve. Ni aunque te pongas el frasco entero. Así, que si alguno de ustedes es asqueroso como yo, mejor ni venga a visitarme, está perdonado desde ahora, lo entendería perfectamente. Lo que no sé si yo misma me voy a oler o no. Dicen que uno no se huele, o más bien, que uno se acostumbra a su propio olor y hasta llega a gustarle. Eso dicen, yo no lo creo... Pero ya me fui por donde no debía. Les dije que iba a actuar la escena del momento en que me enteré de la enfermedad y ya me puse a hablar de criadas. Cómo no voy a hacerlo si es uno de nuestros temas fundamentales. Sin ellas...Bueno, no voy a seguir por ahí. Ya saben lo indispensables que son. ¿O no? Retomo lo del momento. Voy a tomar aire para concentrarme. *(Lo hace. Toma los papeles de los análisis, los vuelve a meter en el sobre. Se coloca en actitud trágica. Abre el sobre, saca los papeles. Los empieza a leer. Sus facciones van contrayéndose. Se pone pálida. Lee por segunda vez toda la información. Arruga los papeles. Se queda mirando en algún punto. Le brotan las lágrimas. Habla lentamente).* ¡Cáncer...Tengo cáncer..! *(Permanece paralizada unos segundos. Después, arrastrándose va a sentarse en un sofá. Quedamente se pone a llorar. Interrumpe su propia imitación, se levanta rápidamente, se enfrenta al público)* Eso fue todo, ni grité, ni le hablé a nadie, ni me desmayé o algo por el estilo. Unas lágrimas y ya. Eso sí, por dentro sentí como que me desgarraban, mi corazón se aceleró lo más que puede acelerarse, mi vientre se contrajo, mi piel se enfrió. Así permanecí varios minutos. Ya no pensaba en el cáncer, ahora pensaba en que me iba a morir. ¿Yo, a morir...? Sí, ya sé que todos vamos a morir, pero no sabemos cuando. Ahora yo sí lo sabía. En muy poco tiempo. Semanas, quizás meses, nunca un año. No sé si alguno de ustedes ha sentido eso de que muy pronto se va a morir o que se puede morir de algo o por algo. Yo ya lo sentí dos veces. La primera en un accidente automovilístico hace ya muchos años. El auto se volcó, yo quedé atrapada. Es mi fin, me dije en esa ocasión. La verdad que me preocupó más salir del lugar que pensar en la muerte. La segunda vez fue cuando me robaron, sucedió en mi casa, los ladrones me pusieron la pistola en la cabeza para que entregara todo y abriera la caja fuerte. No supe hacerlo. Estaba segura que ellos iban a disparar. El susto fue tremendo pero tampoco pensé en la muerte. Trataba de recordar los números de la caja, en que otra cosa les podía ofrecer para que no me mataran. Fueron las dos

ocasiones. Ahora es distinto, ahora sí estoy segura de que voy a morir y que tengo tiempo para pensar en eso, para pensar en lo de la vida y en lo de la muerte... La vida nunca se piensa, se vive, y la muerte la sentimos tan lejana que no vale la pena analizarla.

Empezaré con la vida. Es curioso, cuando pienso en la vida pienso en la vida que ya viví, no en la que estoy viviendo. Y la que ya viví ya la vieron ustedes en un video. Pasó en un soplo. Cuando leo biografías de hombres o mujeres célebres me entero de las mil cosas que hicieron, las enormes penas que sufrieron, los goces intensos que experimentaron. Todos ellos fueron parte de partidos políticos, de bandos en guerras, de luchas por las religiones, de grandes descubrimientos, de victorias y derrotas, de enormes desastres, de pasiones avasalladoras. ¿Y yo, qué? Ni guerras, ni cataclismos, ni partidos políticos o ideologías por las que hay que luchar hasta la muerte. Menos todavía una pasión, esa nos la tenían prohibido la familia, la iglesia y una misma. Mis grandes preocupaciones fueron el dinero, las compras, las reuniones sociales, repito lo de la criada, los programas de la televisión, el dentista, los kilos de más, las lecturas y muchas otras zonceras, pues eso son, zonceras. ¿No me digan que no es zoncera preocuparnos por si en esta temporada viene el color negro otra vez y a mí no me va, o por si va a haber una barata en El Palacio o en Liverpool y yo tengo que comprarme antes un vestido para la boda de Raquelita. De seguro que mi vestido después lo rebajan. Y así nos llenamos la vida. ¿Qué hay guerras, qué hay pobreza, qué el mundo está contaminado y se va a terminar, qué en África mueren millones de sida al año, qué la iglesia nuevamente quiere dominar al hombre en su totalidad, qué...? Sí, todo eso existe, pero allá, lejos de nosotros, lejos de mí. A mí que no me suban el precio de mi canderel o que metan a la cárcel a todos los que nos pueden robar en nuestra colonia, o que María Jacinta termine por casarse con Raúl Esteban, los de la telenovela de las seis. ¿Qué otra cosa puede ser la vida? Hoy me puse a pensar que por qué me la dieron, para qué me la dieron, que cómo me la dieron, que quién me la dio y que si yo hice uso correctamente de ella o estoy definitivamente reprobada. También he pensado si mi vida es igual de importante que la de los demás, que si es igual de importante a la vida de los animales o de las plantas. No tengo contestación a nada de lo anterior. Lo más sencillo es decir que la vida me la dio Dios, que me la dio para que lo adorara y sirviera a los demás. El cómo me la dieron lo explican los ginecólogos y los obstetras. Ahora que por qué a mí me la dieron y no a otro, por qué ese espermatozoide fecundó a ese óvulo y no fue otro espermatozoide de los millones que dicen que llegan a

fecundar. Si hubiera sido otro yo no estaría aquí, estaría otro ser diferente. O sea que por centésimas de segundo pude no haber existido. Lo malo es que ninguna de estas explicaciones me convence del todo. Sí, Dios... ¿Pero quién es, dónde está, qué poder tiene en realidad? ¿No será una fuerza desconocida por nosotros la que rige nuestras vidas y las vidas de los planetas? ¡Vaya usted a saber! Lo malo que si es el Dios que nos enseñan en las escuelas católicas ya me amolé. Hace años que no voy a misa, que no comulgo, que no llevo la vigilia de tiempo de cuaresma. Más años tengo en que no creo mucho de lo que me enseñaron. No creo en los pecados, no creo en los ángeles y los diablos, menos creo en el cielo y el infierno. Los Papas, obispos y sacerdotes... Bueno, mejor no digo. La iglesia... menos digo. Los mandamientos... tampoco digo. O sea, que de seguro estaré condenada a pasar el resto de mi existencia en el infierno. Dije existencia suponiendo que voy a seguir existiendo en alguna forma... Ya estoy hablando otra vez de la muerte cuando el turno es de la vida. Iba a decir que yo no pienso que sigamos existiendo en alguna forma después de morir. Pero eso lo comentaré cuando le toque el turno a la parca. Sigo con la vida. La vida es también la forma en que uno la vive. Siempre nos la pasamos hablando de la mala vida que llevan los demás. Y esa mala vida no es otra cosa que las cosas que los demás hacen y que nosotros no nos hemos atrevido a hacer. Que una mujer le pone los cuernos a su marido y ya para nosotros lleva una mala vida. Que otra no acepta que su hija le deje los hijos mientras trabaja y la catalogamos igual. Todos llevan una mala vida. La buena en la nuestra. Pero ya debo dejar de hablar de esto. Mejor les platico cómo reaccionaron mi marido y mi hija cuando les dije lo del cáncer. ¿Les interesa? Ahora sé cómo reaccionaron ellos y también el resto de mis familiares y amigos. A todos se los he contado. Que de una vez lo sepan. Para qué andar con secretos si en pocos días me van a ver tan dada al cuas que se lo podrán imaginar. Por lo pronto yo ya sé con quién voy a contar y con quién no. Contar de verdad. Por supuesto que todos te dicen que qué barbaridad, que lo sienten mucho, que si estoy segura, que a la mejor estoy equivocada, que muchas veces los médicos y los análisis fallan. Eso quisiera yo, que fallaran, es más, si falla el médico juro que no se lo voy a reclamar y menos lo voy a demandar. Que por favor falle. Pero no va a fallar. Eso yo misma lo sé. Mis amigas fueron las más sutiles. Todas, por supuesto, fingieron llorar, después Elenita me preguntó que si me borra de las tandas que organizamos cada año, María Emilia dijo que así ya no podía seguir jugando canasta, que iba a ver con quién me

suplía; mi suegra, con una gran sonrisa, me pidió que deje todos mis papeles en regla, que haga testamento, que empiece a darle a mi hija mis joyas, que..., que le pida a mi marido que se vuelva a casar porque “ ya ves, él es tan inútil para su ropa, para sus cosas” No lo van a creer pero así como está de vieja está de ácida. Ya cumplió ochenta años y ahí sigue. Ella es la que debería tener mi enfermedad y no yo. ¡Qué se vaya al infierno! Si es para ella entonces sí creo en el infierno. Bueno, les contaré primero cómo reaccionó él, mi marido, mi peor es nada. Se lo dije el segundo día. Como si fuera para declararle mi amor preparé una buena cena, cuando iba a llegar encendí la música.

Se levanta. Enciende un aparato de cds. Se escucha música instrumental moderna o a alguna cantante de moda como puede ser Celine Dion o alguna otra. Ella lo escucha un momento. Sonríe. Después va y se sirve una copa. Se sienta en la mesa. Levanta la copa como si estuviera brindando con alguien. Ella, cambiando el tono de su voz, contesta en lugar de su marido.

VOZ DE ELLA.- ¿Todo bien en tu trabajo?

VOZ DE ÉL.-. Sí.

VOZ DE ELLA.- ¿Te gusta cómo puse la mesa?

VOZ DE ÉL.-. Sí.

VOZ DE ELLA.- ¿No me preguntas por qué la puse, por qué puse esta música, por qué me arreglé tanto?

VOZ DE ÉL.-. ¿Por qué?

VOZ DE ELLA.-. Para decirte que he sido muy feliz en mí matrimonio contigo.

VOZ DE ÉL.-. Ah.

VOZ DE ELLA.-. Quiero decirte algo.

VOZ DE ÉL.-. Si preparaste todo este numerito para pedirme algo ni pienses; van a cambiar al gerente, yo no sé si voy a seguir en la empresa, tengo muchas deudas.

VOZ DE ELLA.-. Nadie te está pidiendo nada.

VOZ DE ÉL.-. Eso espero.

VOZ DE ELLA.-. Quiero decirte que estoy enferma.

VOZ DE ÉL.- ¿Ahora de qué? Si no tienes la migraña tienes la colitis y quién sabe cuántas cosas más, además, si de verdad estás enferma consulta a un médico, yo no sé

nada de medicina.

VOZ DE ELLA.-. Tengo cáncer, cáncer pancreático. Me voy a morir en muy poco tiempo.

VOZ DE ÉL.-. ¿De qué estás hablando?

VOZ DE ELLA.-. Más claro ni el agua. Tengo cáncer y me voy a morir. ¿Qué te parece?

VOZ DE ÉL.-. Que estás loca. No puedes tener eso, no lo dirías tan tranquila. ¿De dónde sacaste que tienes cáncer?... Ya sé, por lo de tu papá. Eso no indica que tú también lo tengas. Mi padre fue diabético y yo no tengo azúcar en la sangre. Así lo otro.

VOZ DE ELLA.-. Ya me hicieron biopsia y análisis.

VOZ DE EL.-. ¿Desde cuándo lo sabes?

VOZ DE ELLA.-. ¿Importa la fecha?

VOZ DE ÉL.-. Claro que sí, el cáncer avanza rápidamente si no se trata a tiempo.

VOZ DE ELLA.- ¿Esto es todo lo que me vas a decir?

VOZ DE ÉL.-. No, claro...

VOZ DE ELLA.- Estoy esperando.

VOZ DE ÉL.- Estaba pensando en Oscar Urrutia. ¿Te acuerdas de él? Parece que es un oncólogo reconocido, voy a pedirle una cita, verás que no tienes nada. (*Sonríe amargamente*). Y así siguió. Nunca me dijo que lo sentía, que me amaba, que me iba a acompañar en mi enfermedad. Él a lo práctico. Al terminar la cena ya había hecho cuentas de cuánto se tendría que pagar en un hospital en México o alguno en los Estados Unidos. Buscó, y encontró, las tarjetas del seguro médico. Mañana voy a ir con su amigo ése, Oscar Urrutia. (*Se levanta a apagar la música*). No dudo que esté preocupado y hasta triste. No lo dice ni lo va a decir. Lo malo de nosotros, los seres humanos, es que creemos adivinar lo que los demás van a decir o hacer. Y esas cosas son lo que nosotros deseamos, lo que nosotros estamos seguras de que van a hacer los demás. Según yo, mi marido me iba a abrazar, los dos nos íbamos a poner a llorar, pasaríamos después horas enteras recordando nuestro noviazgo, nuestra boda, nuestros años de casados. Yo le pediría perdón por mil cosas y él, con lágrimas en los ojos, me pediría de nueva cuenta perdón por haberme engañado unos días con otra. Y ahora que lo recuerdo... ¿no seguirá con ella? Si es así con la noticia que le di ha de estar pegando de brincos de contento. Más ella. Pero no lo creo. Aunque a estas alturas qué me puede importar. Total, al morirme le voy a dejar el campo libre para que ande con ella o con cualquiera...(*Se pone*

fúrica). Lo malo es que sí me importa. Y si lo que sospecho es cierto voy a venir, ya muerta, a jalarle los pies todas las noches. A los dos. Y eso mientras se me ocurren otras cosas que pueda yo hacer ya siendo difunta. ¡Ni piense que todo va a ser tan fácil! Y sí, nada es fácil. Hoy me puse a pensar en puras tonterías, como siempre. Hice la repartición, en mi cabeza, de todas mis cosas entre mi familia y mis conocidos. Que las alhajas a mi hija, mi ropa a mis hermanas, mis perfumes...No, mis perfumes los voy a usar toditos mientras viva para no apestar tanto. Mis muebles, mis discos, mis....mis, mis. Tanta cosa y nada te sirve en estos momentos. No sé para qué acumulamos tanto. Lo peor es que cuando distribuí las cosas en mi mente no pensé que a la mejor nadie las va a querer. Mis hermanas no usarán jamás mi ropa, mi hija dirá que las joyas son para viejas y las va a vender, mis muebles... Ya veo mis papeles, mis libros, mis discos, si no en la basura, si con uno de esos que compran cosas usadas y después revenden en las colonias pobres. Tanto cuidar que el vestido blanco no tenga una manchita para que ahora lo usen en cualquier mercado sobre ruedas. Y eso si no lo usan para otras cosas peores. ¡No, mi familia no hará nada de eso. Todo lo mío lo conservará tal y como yo lo tengo! (*Ríe con amargura*). Para qué me hago, ellos harán lo mismo que yo hice con las cosas de mis papás. La mayoría de ellas las vendí, otras las regalé y varias tiré a la basura. Aquí tengo un secretaire, varios de los libros, las joyas de mi mamá y creo que nomás. Mi hermana sí se quedó con más cosas, a ella le encanta guardar todo. Tiene una colección de botellitas de medicamentos por si algún día le sirven. Esa hermana...No, no se asusten, juro no hablar de ella ni una palabra más. Si empiezo tendría que hablar de ella, de mis primos, de mis tíos, de mis cuñadas..Bueno, de esas sí me gustaría decir algo...No, mejor no. Ya me voy a morir y no quiero seguir cargándome de los llamados pecados. (*Sonríe forzadamente*). Ellas son buenas, lindas, cariñosas...(Pausa larga en la que ella no sabe qué hacer). ¿Y ahora? Si no hablo mal de los demás no se me ocurren otras cosas. Voy a pensar qué más les puedo decir...Ya sé. Me falta platicarles la reacción de mi hija, de mi querida hija...La llamé a mi cuarto, le dije que quería hablar con ella de algo que era muy importante para mí y quizá también para ella. Le dije lo del cáncer y lo de mi próxima muerte. ¿Lloró, me abrazó, se rió? No, me echó lo que los jóvenes llaman un rollo. Un rollo en el que no dejó de hablar ni siquiera para respirar. Bueno, en algo se tiene que parecer a mí. (*Se levanta. Cambia de actitud para transformarse en la hija. Cambia también de voz*). ¿Y qué con eso? ¿Para qué me lo dices? Para empezar creo que me

estás mintiendo, quién sabe para qué. Por otro lado si tienes eso es tu pedo. Si me lo dices para que te vaya a cuidar como tu cuidaste a mi abuelo estás equivocada, ya bastante tengo con mi marido y mis hijos, Tus chantajes me los conozco de sobra. Si tuvieras cáncer como dices en lugar de estar aquí ya estarías con el médico a donde tanto te gusta a ir. *(Cambia nuevamente de actitud. Ahora vuelve a ser ella misma)* Y así siguió un buen rato. Me dijo que si yo tenía cáncer era por mi culpa, que ella sabía que sólo tienen esa enfermedad los amargados, y que yo era una amargada, que nunca supe de la vida. ¡Otra acepción de lo que es la vida! Saber de la vida, para los jóvenes, o los ya no tan jóvenes como ella, es acostarse con todo el mundo, tenga el sexo que tenga, o consumir drogas o andar alcoholizado. Eso es saber de la vida. ¡Vaya vidita la que tienen!... ¿Y si ellos son los que tienen la razón y no nosotros? A la mejor, como ellos dicen, es bueno probar todo, y no sólo probarlo, sino disfrutarlo. *(Pícaro)*. Qué tal que ahora que me falta tan poco para pelarme del mapa... Y que conste que esta última expresión fue la que usó mi hija. Bueno, retomo, qué tal que ahora que voy a fallecer...Esto suena más elegante... ¿o no? Mi hija usó aparte de pelarme otras expresiones como estirar los tenis, darla, borrarse y otros que ni me acuerdo ni me quiero acordar. Ustedes perdonen, pero esto siempre me pasa. Empiezo a hablar de algo y al rato ya estoy hablando de otra cosa. Eso me sucede desde niña. En la escuela la maestra siempre me regañaba. Bueno, no sólo me regañaba a mí, nos regañaba a todas. Claro, como nunca se casó. A esa sí creo que le hubiera hecho falta hacer lo que hacen ahora los jóvenes. Si se hubiera acostado con alguien otra sería su vida. Pero no...Aunque quién sabe, faldas vemos, interiores no sabemos. *(Ríe)*. Retomo lo anterior. Decía que si no sería bueno aprovechar ahora que me voy a morir para hacer mil cosas que antes no me atreví. Y eso va desde patinar en la calle, tirarme de un avión en paracaídas, ponerme una borrachera de órdago, acostarme con los mejores amigos de mi marido, fumar marihuana, aspirar una línea, robar en una tienda...*(Ríe)*. Para qué me hago...Jamás de los jamases me voy a atrever a hacer nada de eso. Estoy bastante condicionada para no hacerlo. Cuando mucho me atrevería a bailar en público o a cantar. Y eso quién sabe. Yo soy muy tímida, aunque ustedes no lo crean. Aunque no es malo bailar y cantar... ¿o sí? De acuerdo, es malo si uno lo hace mal, pero si se defiende una...*(Sonríe ampliamente. Se levanta. Pone un cd con música ya sea para bailar o para cantar o para ambas cosas, según lo decida la actriz que represente este monólogo. Tratará de hacerlo lo mejor posible. Si no lo*

logra lo tomará a broma y lo hará fársicamente). ¿Cómo me salió? Los que digan que muy mal o están equivocados o se están muriendo de envidia. Además no creo que lo haga peor de muchos que cantan o bailan en la televisión. ¿Acaso no han visto y oído cantar a...? Ya iba a decir nombres y esto es publicidad. Si quieren lo digo pero me pasan una lana. Aunque sí, diré un nombre para que vean que no invento. ¿Escucharon a la Doña cantar tangos?...Es un ejemplo, qué conste. Así muchas otras...y otros. Bueno, ya me atreví a cantar. ¿Será igual de fácil hacer las otras cosas que no me he permitido en la vida? Puede ser, pero ya para qué... Ahora que lo pienso nunca debí ser tan responsable con mi casa, mi marido y mi hija. Para ellos todo, para mí, nada. Para ellos mi tiempo, mi salud, mis actividades, mis conocimientos, mis deseos, mis... ¿Y yo, qué? ¿Qué con mis deseos de aprender, de viajar, de realizarme, de sentir placeres desconocidos, de relacionarme con más gente, con más hombres? ¡Sabe! Así dicen mis hijos. ¡Sabe! Y no es precisamente sabe, sino no sabe lo que habría que decir. No sabe, nunca supo, nunca sabrá. (*Ríe*). No, no me rió de lo anterior, es demasiado trágico para reírse de ello, me río porque me acordé del Monje Loco. ¿Se acuerdan? (*Imita la voz del monje loco en su programa de radio*). “Nadie supo, nadie sabrá la horrible historia de...” Ay, ojalá y mi historia fuera al menos horrible. Eso la haría interesante. Mi papá tendría que haberme violado cuando yo era niña, después a golpes me hubiera obligado a pedir limosna en la calle... ¡Pobre de mi padre! Si era un alma de Dios. Nosotras, mi madre y yo, hacíamos de él lo que queríamos. Por más que le hago no puedo verlo violándome o golpeándome. Bueno, nadie de nosotros se puede imaginar a los padres en algo tan cotidiano como hacer el amor. ¿Alguno de ustedes se ha puesto a imaginar a su padre trepado en su madre y los dos haciendo ruidos como si los fueran a matar? ¿Verdad que no? Es como imaginarnos a un Papa en el excusado haciendo sus necesidades. No, eso no va con su imagen. Los padres son puros y el Papa no tiene necesidades físicas. Nos les digo. Ya ando no sé por donde en lugar de seguir hablando de mi próximo fin, de mi end, como decía el letrero al terminar las películas americanas. ¿Debo seguir hablando de la vida? Para qué. Dura tan poco. Ahora le toca el turno a la muerte. ¿Qué sé de ella? Prácticamente nada. Sólo que existe. Bueno, también podría hablar de los diferentes modos de morir. Hay tantos. Ahogados, fusilados, achicharrados, atropellados, accidentados. Muertos de un infarto, muertos picados por un enjambre de abejas africanas, muertos plácidamente mientras se duerme, muertos de un golpe. Pero hay otras

muerter: Muertos por aburrimiento, muertos de envidia, muertos de dolor, muertos de gana. Yo, en estos momentos, me muero de ganas de no tener cáncer. Bueno, se puede uno hasta morir de ganas para ir a hacer del uno o del dos. Toda la vida nos la pasamos diciendo que nos morimos de hambre, de frío, de todo, y así, cuando llega el gran momento, el de morir de a de veras, la palabra muerte suena un poco hueca, como de algo ya muy usado. Seguramente usamos esa palabra para nombrar a todo y no a lo que nos produce horror: el desaparecer de este mundo, a convertirnos en lo que nos dicen cada miércoles de ceniza. En unos tristes polvos que sólo sirven para ensuciar si es que se caen al suelo o sobre algún mueble. A mí siempre me han causado un no sé qué las personas que piden que sus cenizas las arrojen al mar o a la montaña. Yo las mías las arrojaría desde lo alto de la torre Latinoamericana para que ayuden un poco más a la contaminación de la ciudad. Sería tan poca mi contribución a ella que nadie la podrá tomar en cuenta. "Polvos de aquellos lodos". En cada brizna del polvo irán mis deseos, mis amores, mis temores, mis conocimientos, mis odios, mis envidias, mis caridades, mis creencias, mis...Cosas grandes convertidas en algo tan minúsculo como una brizna de polvo. Y uno que se da tanta importancia frente a los demás, como si uno valiera no sé que tanto. Y así como todo nuestro físico se convierte en polvo, nuestro recuerdo, el recuerdo de los demás hacia nosotros, se desvanece para desaparecer completamente al cabo de muy poco tiempo, mucho menor del que nosotros calculamos. Como hijos empezamos a olvidar a los padres, olvidamos casi totalmente a los abuelos y los anteriores a ellos simplemente los ignoramos. Qué feo ¿no? Uno de los impulsos para tener hijos es eso, para que a través de ellos nos podamos perpetuar. Y sí, se perpetúa algún rasgo físico, pero nada más. Lo demás desaparece para siempre. Aún la gente famosa desaparece del mapa. Se perpetúa su obra pero no ellos. Queda su nombre y nada más. No creo que pasen de mil, entre los cientos de millones de gentes que han poblado la tierra, de los que se continúa hablando, estudiando su vida y su obra. Ahora que lo medito creo que eso está bien, a dónde iríamos si nos tuviéramos que enterar de la vida de todos los que nos han precedido. Jamás de los jamases terminaríamos. Ni la computadora más eficiente podría guardar tanta información. La mía menos. Bueno, la realidad es que no la sé usar bien. Uso lo de los mails, escribo en ella, guardo alguna información, navego un poco y ya. Uso como un diez por ciento de lo que podría usar. Así dicen que usamos nuestro cerebro. Sólo un diez por ciento. Aunque sé de muchos que

apenas llegan al uno por ciento y ya es mucho hablar. Y que conste que no estoy hablando de políticos o de gente de la televisión. Todos son muy inteligentes. ¿A poco no? ... Otra vez ya me salí del tema. Ustedes que me escuchan deténganme cuando me ocurra, díganme que no le de tantas vueltas al asunto, que hable de la muerte, que si le tengo tanto miedo para qué digo que voy a hablar de ella. Y sí, tienen razón. Le tengo miedo. ¿Ustedes no? (*Sonríe*). Hasta este momento me doy cuenta que ya llevo un buen rato sin parar de hablar y no he soltado ninguna de las grandes, de las palabrotas que tanto me prohibieron y que tanto he disfrutado al poder decirlas. Tengo que aclarar que apenas tengo unos seis años en que dije la primera. Antes también a mí me horrorizaban, también pensaba yo que el que las decía era una gente vulgar, sin educación. Pero cuando dije mi primer pinche como que algo dentro de mí pudo salir al fin, algo que tenía yo atorado desde niña, algo así como un gas que estás controlando en una reunión social. Después ya digo todas. Y ahora es el momento para decir alguna de ellas. ¿Me permiten? Bueno, que conste que ustedes me dejaron. Quiero decir...¡ Cabrona vida! ¡Putra muerte! (*Sonríe ampliamente después de suspirar*). ¡Lo dije! Ya me siento mejor. (*Vuelve a suspirar. Sonríe. Se seca el sudor como cuando hace uno un gran esfuerzo*). Y lo dije en público. No, si les digo, uno hace las cosas solamente cuando ya va a meterse de topo, cuando va uno a ver que existe en el medio del globo terráqueo, cuando se vuelve uno minero de por vida. Y eso si no te incineran. Esa es otra onda. En ese caso te vuelves combustible: leña, carbón, petróleo, papel usado, gas butano. Combustible que no se usa, que no sirve para nada. Si al menos calentaran las tortillas del día en nuestro fuego. Ese día es el único en que realmente ardemos, que desprendemos chispas, que nos incendiamos por dentro. ¿Qué arderá mejor, nuestro hígado o nuestro corazón, nuestras tripas o nuestro cerebro? Por la grasa yo creo que arden mejor nuestras tripas. Aunque los sesos también tienen lo suyo. A mí me encantan las quesadillas de sesos. Son riquísimas, se las recomiendo con un poco de chile chipotle. En esto de los chiles sí salí muy mexicana. Todos me gustan y no puedo prescindir de ninguno de ellos, aunque mis preferidos son los serranos. No son ni tan tan ni tan tan. Les voy a decir a mis familiares que cuando me incineren, si eso es lo que van a hacer, que pongan en mi caja una docena de chiles jalapeños, unos ocho de poblano, tres habaneros y un puño de piquines, para que quede yo bien sazonada. A la mejor les gusto a los diablos que van a venir por mí, o a los ángeles. Uno no sabe, en esto de gustos, a quién va a agradar. Dicen que el amor

entra por el estómago. Que conste que estoy diciendo puras tonterías para alejarme de la muerte, bueno, no de la muerte, del tema de la muerte. Por más que quiera alejarme cada minuto estoy más cerca de ella. No nomás yo, también ustedes. Ni crean que sea la única. Ahora que de mí está como a cuadra y media y a la mejor de ustedes está apenas en el extremo de la ciudad y con esto de los congestionamientos de tránsito y todo lo que ya sabemos, puede tardarse más. Conmigo no. Se puede venir a pie y en un ratito ya está aquí tocando mi puerta. Eso si no es de las que atraviesan las paredes. Espero que sea educada y toque para que no me agarre desprevenida. Antes de que me lleve quiero dar un toquecito de rubor a los cachetes, ponerme un poco de lipstick en los labios, emparejarme los cabellos, cambiar mi camisón por alguna ropita decente. ¿Cómo se verá? No el vestido, hablo de la muerte. Siempre la representan como un esqueleto con su capa negra y su guadaña. A mí no me gusta su aspecto. La muerte debe ser algo alegre para que de ganas de irse con ella. También puede presentarse en forma de un galán y no digo si no nos vamos contentas. Pero esto del esqueleto...A mí sólo que me lleve arrastrando, de otro modo ni crea que me voy a dejar. Ya ven, sigo diciendo estupideces en lugar de ponerme a filosofar tal y como debe ser. No se muere uno todos los días. ¿O sí? Mira tú, ahora me doy cuenta de que sí, de que uno se muere un poco todos los días. Se van muriendo tus neuronas, las células de tu cuerpo; se van muriendo la memoria, los deseos, el gozo. Todo se va muriendo. Poquito a poco o rápidamente. Se mueren tus ganas de luchar por algo, tu lucha por ser siempre joven. Yo ya no lo soy por más lucha que hago. ¡Ahí muere! dicen los jóvenes cuando no quieren que siga uno dándoles consejos o regañándolos. Sí, ahí muere todo... ¿Qué más puedo decir de la muerte? Pocas cosas. Que se la he deseado a más de uno, entre ellos a mi suegra y a la querida de mi esposo. No voy a hacerme a estas alturas la inocente. Sí le deseé la muerte a esa mujer. ¿Desié o deseé? Se me hace que en esta palabra siempre me equivoco. Yo digo desié y debe ser deseé. No puede una ser perfecta. Bueno, quise que se muriera y que se muriera de ya, en el momento en que yo lo pensaba. Eso sí, con una muerte cruel. Como la que me va a tocar a mí y que fue la que le tocó a mi padre. Días y días de dolor, de desesperación, pidiendo que alguien te quite la vida y ya no te deje sufrir más. Nadie lo hace. Eso está prohibido. Qué sufra para que aprenda. Y lo único que puede uno aprender en ese trance es a odiar a Dios. No hay de otra. Y así se muere una, toda llena de furia, de rencor, de odio. Odiando no solamente a Dios, también a los seres queridos que no

supieron o que no quisieron ahorrarnos el dolor interminable, a los médicos que no acabaron con una, a todo el mundo que sigue viviendo y divirtiéndose mientras nosotros aullamos de dolor... Cuando pienso en la muerte pienso sólo en el instante de morir pero nunca en el después. Insisto que no creo en eso de otra vida. Yo voy a desaparecer y punto. Cuando hablo del después no es de mi después sino del de ustedes, del de los demás. ¿Qué pasará en el mundo, quién va a gobernarlo, la contaminación acabará todo o todos acabarán con la contaminación, bastará lo que hay para alimentar a tantos que son, cómo terminará la vida de este planeta, se acabará el agua potable? Siempre me ha gustado la historia, pero la historia es relato de lo que ya pasó. Me gustaría una historia hacia delante. No hablo de fantasía. Hablo de la verdadera historia futura. Eso me apasionaría. Uno muere y deja de enterarse de todo. ¿Cuánto valdrá el peso en el futuro, se curará el sida, se continuará casando la gente, qué pasó en Rusia y en los Estados Unidos los siguientes quinientos años, mi familia conservará esta casa o la venderá, se pelearán por mi herencia? Dudas al por mayor. Dudas que no serán resueltas a menos que sí exista otro tipo de vida al morir y que ese ser, por llamarlo de algún modo, tenga posibilidad de venir a enterarse de todo. Cosa que dudo mucho que suceda. Si existe otra vida será en otro sitio, no en éste, para qué nos hacemos. Yo alguna vez fui, por curiosidad, a una sesión espiritista. Ahí dizque nos hablaban gentes de otros mundos. Qué casualidad que fueran los parientes cercanos y no alguno de los millones y millones que se han muerto. Es como agarrar un teléfono y sin marcar te conteste tu hermana o alguien conocido. Yo por eso nunca voy a los panteones. Ahí no hay nada. Quizás algún resto del cuerpo, pero nada más. Las flores que uno lleva las lleva para uno mismo, no para el otro. Las lleva para quitarse sentimientos de culpa o para que digan los demás que qué buen hijo o buen padre es. A mí, y perdón por los que lo hacen, me parece ridículo eso de poner flores en la orilla de la carretera donde se lo llevó a uno patas de cabra. Si las flores o las pequeñas lápidas que ponen ahí sirvieran para decir “cuidado, aquí te puedes dar en la madre”, bien, de algo servirían. Y ya dije otra de las gordas. Me encanta esto de darse en la madre. Es muy simbólico. ¿No lo creen así? A mí me dieron en la madre toda la vida, y también les di en la ídem a más de uno, o de una. ¡Pero ya es suficiente! Creo que ya los aburrí mucho con mi guiri guiri. Estoy segura de que no he dicho nada que les pueda interesar pero a mí me sirvió un poco de desahogo. Para terminar quisiera resumir mi pensamiento sobre esto de la vida y de la muerte. Resumir para mí, y también para

ustedes, pero sobre todo para mí. Para entenderme un poco. ¿Qué son en realidad la muerte y la vida? Un milagro. Sí, eso. Un milagro. No un milagro católico o musulmán. Es un milagro en el sentido de que es algo sin explicación y que normalmente causa un beneficio. Los milagros curan a los enfermos, hacen rico al pobre, la solterona encuentra su media naranja. Naranja ácida pero naranja al fin. La lista de milagros puede ser enorme. Cualquier beneficio lo puede uno calificar de milagro. Es milagro no habernos muerto con esta contaminación, es un milagro que alcance el dinero, es un milagro que ustedes no se hayan salido de este lugar. Y sí, todos esos son milagros. La vida es un milagro que nos permite hacer mil cosas, sentir mil cosas, sufrir mil cosas. La muerte es otro milagro que nos permite dejar de sufrir mil cosas, de asustarnos de mil cosas, de desear mil cosas que nunca vamos a obtener. Y yo, como Violeta Parra, terminaré esta plática con ustedes diciendo “Gracias a la vida que me ha dado tanto” y gracias a la muerte que me va a evitar tanto.

La actriz sonríe al público. Lentamente va saliendo. Habrá un fondo musical apropiado. Se cierra el telón.

FIN

RESUMEN.- Una mujer aquejada de cáncer nos relata cómo reaccionó ella y después cada miembro de su familia al saber que tenía esa enfermedad y que lo que le quedaba de vida era muy poca. Con humor nos habla de la vida y la muerte, sobre todo de esta última, de cómo ella se ha preparado a morir y lo que significa para ella.

PERSONAJE. Mujer de 62 años de edad.

MONÓLOGO.